

## CAPITULO V.

Monumentos públicos.—Comunidades religiosas.—Espíritu dominante de la casa de Austria.

DEL mismo modo que en política, cada uno de los reinados de los monarcas austriacos nos ofrece una fisonomía distinta, si así podemos expresarnos, y esta misma fisonomía se hace extensiva, en la época en que cada uno reinó, á las costumbres, á los monumentos, y al modo de ser de sus sociedades respectivas.

Aun cuando el espíritu religioso parecía ser el que más dominó en los monarcas de la casa de Austria, sin embargo, en Carlos no se le ve tan definido como en sus sucesores.

Es verdad que sostuvo guerras formidables en Alemania contra los protestantes; es verdad que se tomó un gran interés en la reunión del Concilio de Trento, pero no es ménos cierto también que tuvo preso al Pontífice hasta que lo creyó conveniente, que su famoso *interín* no fué más que un medio de contemporizar con unos y con otros, y que finalmente no se mostró tan severo como su hijo en la persecución de los herejes ni en la reforma de las órdenes religiosas, así como tampoco en los demás asuntos que con la religión pudieran rozarse.

Felipe II fué ya otra cosa.

Desde los principios de su reinado mostróse ya inexorable, y la afición que demostró á los autos de fe, el encarnizamiento con que persiguió á los reos de delitos contra la Religión, el interés que puso en la reforma de las órdenes religiosas, la persecución de que hizo objeto lo mismo á los herejes de Flandes que á los moriscos de Granada, todo ello está demostrando el espíritu tan distinto del de su padre de que se hallaba poseído.

Sin embargo, ¿fué todo verdadera religión en Felipe II, ó hizo servir á ésta de instrumento para sus planes políticos?

Si se tiene en cuenta la falta de respeto y el sentido amenazador con que el duque de Alba habló al Pontífice en distintas ocasiones; si recordamos que Felipe II sirvió y respetó á la corte romana mientras no creyó que ésta podía atentar en lo más mínimo á su autoridad y prerogativa, comprenderemos que en su espíritu religioso había mucho de acomodaticio y de político.

El Escorial, su famosa obra, esa octava maravilla tan celebrada por propios y extraños, creemos que participa mucho del carácter soberbio de aquel Monarca.

Si tenemos en cuenta el carácter tétrico y severo de Felipe, debe comprenderse desde luego que en aquel monumento sería impreso este mismo carácter, y conociendo bien á este Monarca, como creemos debe conocerse por lo que llevamos dicho, la edificación del monasterio conmemorativo del célebre triunfo de San Quintín había de aspirar á que revelase su gran poder excediendo en grandeza á cuantos edificios pudieran existir de su misma clase.

La idea de hacer al mismo tiempo un lugar en que reposaran dignamente las cenizas tanto de su padre como de sus sucesores entró también en aquel proyecto, y amalgamando la idea del templo con la cosa religiosa y la del panteón real, dedicóse con ahínco á aquel proyecto, nombrando para el efecto una comisión compuesta de médicos, arquitectos y geólogos, la cual dedicóse á recorrer las inmediaciones del Guadarrama, á fin de que eligieran el punto que creyesen más á propósito. Cumplió la comisión su encargo, y hé aquí los términos en que un historiador moderno se expresa respecto á este suceso:

«Quiso el Rey ver por sí mismo el sitio propuesto por los comisionados y le agradó sobremanera, hallándole el más á propósito por su salubridad y por su frondosidad melancólica para asilo de monjes y para retiro donde él mismo pensaba también dedicarse á la soledad y al silencio, al despacho de los graves negocios del Estado, no lejos de la corte, donde muchas veces habría de ser necesaria su presencia. Procedió, pues, á proponer al Capítulo general de la Orden de San Jerónimo, que á la sazón se celebraba en San Bartolomé de Lopianá (1561), el nombramiento de prior y fundadores para la nueva casa de la Orden que pensaba dedicar al mártir español san Lorenzo, y el Capítulo nombró prior al P. Fr. Juan de Hueté, que lo era de Zamora, y vicario á Fr. Juan del Colmenar, que lo era del monasterio de Guisando. Los nuevos electos, junto con el prior de San Jerónimo de Madrid, Fr. Gutierre de Leon, con el arquitecto mayor del rey Juan Bautista de Toledo, y el secretario de S. M. Pedro de Hoyo, celebraron de órden del Monarca una reunión el 30 de noviembre (1561) en Guadarrama, para pasar desde allí juntos á reconocer el terreno que mejor se prestaría á la edificación. Señalado que fué, y visto también después y aprobado por el Rey, se procedió á desbrozarle de los espesos y enmarañados jarales que en él crecían, y á cuya inmediación tenían los pastores sus rediles y abrevaderos para el ganado. Hecho el desmonte y arrancada la jara, el entendido arquitecto Juan Bautista de Toledo, á presencia del Rey y de los caballeros de la corte, tiró las líneas y acordó el sitio que debía abarcar el edificio, y en la forma y con arreglo al plano que él mismo había trazado (1562), y desde entonces dispuso el Rey que aquel terreno se llamase en adelante Real sitio de San Lorenzo.

«Practicada esta operación, se dió principio á la preparación y labores de materiales para la obra, y acudieron de todas partes maestros y operarios de todos los oficios. Dirigía la obra el arquitecto mayor Juan Bautista de Toledo, y ayudábale como obrero

mayor Fr. Antonio de Villacastín, lego profeso del monasterio de la Sista de Toledo, hombre notable en el arte de edificar, y el mismo que había dirigido ya las obras de la habitación destinada para Carlos V en Juste. El 23 de abril de 1563 se colocó solamente la primera piedra del monasterio en el centro de la fachada del Mediodía: era cuadrada, y en sus tres lados se habían grabado tres inscripciones, una de ellas invocando el auxilio divino, y las otras dos expresando los nombres del fundador y del arquitecto y la fecha del año y del día. Y el 20 de agosto se asentó la primera piedra del templo con mucha mayor solemnidad, asistiendo el Rey con muchos grandes de la corte, los monjes que habitaban provisionalmente en la pequeña aldea del Escorial, los maestros y operarios todos en procesion, á cuya cabeza iba el obispo de Cuenca, vestido de pontifical, que bendijo la piedra, la cual colocó el Rey con su mano, cantando todos después los salmos y oraciones que prescribe el ritual de la Iglesia.

«Tales fueron los principios de ese gran monumento que al cabo de algunos años había de causar general admiración y asombro, y que con más ó ménos razón y exactitud había de llamarse la octava maravilla del mundo.

«Compraba el Rey los terrenos, granjas y lugares vecinos para la dotación del futuro monasterio. En 1567 le hizo anexión de la abadía de Párrocos, que era de canónigos regulares de San Agustín, recompensando á los canónigos con pensiones y dignidades, y estableciendo en el edificio de la abadía un colegio-seminario para la educación literaria y religiosa de cierto número de niños jóvenes destinados á poblar después los claustros del monasterio de San Lorenzo. Iba al propio tiempo enriqueciendo con reliquias de santos que hacía traer de varias partes en procesion y con ceremonias solemnes. La fábrica, sin embargo, no progresaba con tanta rapidez como el Monarca deseaba en su impaciencia por ver concluida la obra que embargaba todo su pensamiento. Siendo lenta la construcción del templo principal, se edificó una iglesia provisional, á cuyo lado se hizo el Rey construir un aposento con su tribuna, desde donde oía la misa y asistía á los oficios divinos, cuando no se sentaba en el coro al lado del prior y entre los monjes que habían hecho ya profesion de vivir en la nueva casa. Era tal su afán por encerrarse en aquel asilo religioso, que tan pronto como estuvo concluido su aposento, se fué á vivir á él (1571), pudiendo decirse que fué el primer morador de aquella casa religiosa, y como el primer monje del monasterio del Escorial.»

Realizóse la obra á pesar de la penuria en que se hallaba el reino y de las faltas que estaban sufriendo nuestras tropas en Flandes, y el monumento de la grandeza y de la piedad del rey de España pasó á la posteridad, excitando la general admiración.

Al mismo tiempo ocupóse de alcanzar para la imperial Toledo la entrega del cuerpo del glorioso mártir san Eugenio, que hacía siglos se guardaba en el panteón de la abadía de Saint-Denis de Francia, y lo consiguió efectivamente.

Ocupóse de la reforma de las órdenes religiosas, pero al mismo tiempo, fuera efecto de las ideas que en religión dominaban en aquel tiempo, fuera, quizás, efecto también de su mismo carácter, cometióse por su órden crueldades tanto con los luteranos como con los moros, originándose de aquí males de consideración para el reino, puesto que los musulmanes que subsistían en España bajo la salvaguardia y confianza de los primitivos tratados, en virtud de los cuales podían ejercer su religión, exacerbáronse de tal manera que, empuñando las armas, cometieron desmanes y crueldades que hicieron necesario un castigo tan duro como había sido dura la agresión, teniendo que emigrar gran número de ellos, bautizándose los demás á la fuerza, lo cual redundaba en perjuicio de la misma religión que se trataba de defender.

De la misma manera, Felipe III, el monarca indolente por excelencia, el que llegó á conferir á la firma de su favorito la misma fuerza y poder que á la propia, el que se entregaba á los placeres y á las diversiones, rodeándose de un cordon de servidores que impedían se acercasen á él los que en demanda de justicia llegaban, y cuya existencia era una perpetua transición de lo profano á lo religioso, imbuído también de aquel mismo espíritu intolerante, ordenó la expulsión de los moriscos, sin tener en cuenta que éstos constituían la raza productora de su reino, que en ellos se hallaban vinculadas, si esta frase podemos usar, las artes, la industria, la agricultura, cuanto constituye la riqueza de un país, y que la expulsión de aquella multitud de brazos útiles no podía ménos de ocasionar el empobrecimiento de aquellas provincias en que radicaban, extendiéndose sus consecuencias á toda la nación.

Algo más despreocupado Felipe IV, no dejó por eso, en medio de sus licenciosas costumbres y de su agitada existencia, de seguir en este punto las huellas trazadas por sus antecesores, y Carlos II, último vástago de aquella raza, que, como hemos dicho en otra parte, principió gigante para concluir pigmea, superó á sus antecesores, si no en liviandades ni en hechos de bravura y de energía en la nimiedad de sus escritos, en la exaltación de sus creencias y en su religioso celo.



J. SERRA, IN.

LH. VIDAL, OILMA 27

FERNANDO DE MAGALLANES.

## CAPITULO VI.

Descubrimientos y conquistas.—Resultados que produjeron.

INDUDABLEMENTE parece que la Providencia había encomendado á la casa de Austria la mision de modificar, de armonizar, de perfeccionar, digámoslo así, todos aquellos elementos sociales que, aun cuando creados ya y establecidos cuando llegó al trono por consecuencia de un enlace casual, era necesario que se mejorasen ó que se depuraran, puesto que la sociedad española era una sociedad recientemente regenerada, y en la cual quedaban todavía muchos errores y muchos resabios de su anterior modo de ser.

Era menester armonizar, como dice muy oportunamente un historiador, el principio de libertad con el de autoridad, y unificar, en lo que posible fuera, todos aquellos diversos Estados que hasta entonces habían tenido legislación, costumbres y dialectos diversos, y que desde aquel momento no constituían más que una sola nacionalidad.

Poco tiempo ántes habíanse aumentado los dominios españoles con las inmensas regiones de un mundo nuevo, en el cual, á pesar de lo mucho descubierto ya, quedaban todavía dilatadas comarcas que explorar y nuevos pasos que descubrir.

Alentar estas expediciones, infundir aliento y conceder protección á los que mostrasen ánimo para emprender aquellas empresas, fué á lo que se dedicaron los primeros monarcas de la casa de Austria, cuidando más bien de aumentar sus dominios en aquellas regiones que no de conservar y de explotar debidamente las ya descubiertas.

Muchos de los que se erigían en jefes de las nuevas expediciones habían servido ya en otras, y lo mismo Hernán Cortés, que Pizarro, que Almagro, Alvarado, Soto y tantos otros, todos ellos ántes de ser jefes habían hecho la guerra en aquellas regiones.

Una grave dificultad se ocurría en la proporción que los descubrimientos iban aumentando. Vasco Núñez de Balboa, fundador de la primera colonia española en el continente, Santa María de Darien, alentado por un cacique que, viendo el afecto que profesaban aquellos exploradores al oro, le dijo: *Pasado el otro mar, á seis soles de aquí, hay un país donde podréis coger lo que queráis*, consiguió que le diese protección y auxilio el gobernador de la Española, y en 1513, despues de sufrir toda clase de penalidades, consiguió descubrir el inmenso Océano, entrando en aquel golfo que más tarde fué llamado de Panamá.

Balboa dió el nombre de mar del Sud al que acababa de descubrir, por la situación en que se hallaba respecto á su camino; más tarde Magallanes le denominó mar Pacífico, hasta que finalmente mereció la denominación de grande Océano, porque abraza la extensión de uno á otro polo, siendo tres veces mayor que el Atlántico.

Sin embargo, todavía estaba por resolver la cuestion de si entre el Atlántico y el mar del Sud había algun paso, y si cruzándose se podría dar la vuelta á la tierra.

Fernando de Magallanes, portugues resentido con su monarca, por parecerle escaso el premio dado á sus servicios, resolvió el problema, ofreciendo la solución de él á Carlos V.

En virtud de la famosa Bula de Alejandro VI, concedíase á los Reyes Católicos las islas y tierras descubiertas ó que se descubriesen en lo sucesivo al Occidente y Mediodía de una línea tirada de polo á polo, siempre que distasen cien leguas á lo ménos de las islas Azores ó de Cabo Verde.

Reclamó Portugal porque se le perjudicaban sus conquistas en el Nuevo Mundo, puesto que aquella línea se acercaba demasiado al Africa, por cuya razón los Reyes Católicos consintieron en trasladarla más al Occidente, de manera que cuanto hubiese por la parte de Poniente hasta trescientas setenta leguas de las islas de Cabo Verde, quedase de su pertenencia, y lo que quedase por Oriente fuera para Portugal.

Como que entonces se ignoraba realmente la configuración de América, no pudo preverse lo que había de suceder á los pocos años con motivo de la posesión de las Molucas, que habían sido descubiertas y ocupadas por los portugueses.

Magallanes probó á Carlos V que estaba dentro de la línea de los países que pertenecían á España, puesto que se hallaba á los 180° á Occidente del meridiano de demarcación, y al mismo tiempo propuso el envío de una escuadra por Occidente, asegurando la existencia del paso entre ambos mares.

El Emperador acogió el proyecto, y efectivamente, en 1521 entraron los buques en el estrecho que hoy lleva el nombre de Magallanes, tardando en recorrerle tres meses y veinte días.

Fué Magallanes, dice un historiador de nuestros días, un hombre admirable que llevó á cabo una navegacion que es tenida por arriesgadísima aun por nosotros, que tenemos tanta superioridad en los medios y conocimientos.

Magallanes falleció en las islas que despues tomaron el nombre de Filipinas, en un combate en que le obligó á tomar parte la guerra que sostenía el rey de Cebú con el de otro estado vecino.

Importantísimo, despues del primitivo descubrimiento de aquellas regiones, fué el de Magallanes, y mayor partido hubiera podido sacar España de aquel inmenso mercado que se abría á su comercio.

Pero los legisladores castellanos así como ignoraban los principios de una buena administración económica, apénas si se cuidaban de hacer buenas leyes de comercio, y como por otra parte los vireyes que se enviaban iban más ganosos de hacer fortuna que no de ocuparse del bienestar de aquellas nuevas poblaciones, no se pensó sino en extraer de ellas el jugo, si así podemos expresarnos, sin sembrar el cariño, el respeto y la veneración, bases sobre las cuales se cimentan las durables dominaciones.

«Dilatáronse, pues, inmensamente en el Nuevo Mundo, dice Lafuente, los dominios españoles; ensanchóse el círculo de las relaciones de la gran familia humana en los dos hemisferios del globo; alumbró apartadísimas regiones la antorcha de la fe y la luz de la civilización. En este punto el príncipe austriaco que sucedió á los Reyes Católicos é inauguró la edad moderna española, no dejó de mejorar el legado que recibió de la Edad media y que le transmitieron los monarcas españoles. Pero supo utilizar en pro de sus pueblos, en favor del bienestar de las naciones, las riquezas inmensas, los metales preciosos, las producciones inapreciables de aquellos fertilísimos suelos, que estaban destinadas á producir una revolución política en la economía social, una revolución comercial en el gran mercado del mundo? Ni Carlos V, embargada constantemente su atención en las guerras que incesantemente sostenía, tuvo tiempo para aplicar aquellos grandes elementos de prosperidad, los verdaderos principios económicos, dado que él hubiera podido comprenderlos, ni los hombres de su tiempo los conocían, y encerrados él y sus hombres en el estrecho círculo del sistema restrictivo, ni el comercio prosperaba, ni progresaba la industria, y el oro y la plata que venía de América, ó se empleaban en subvenir, en cuanto alcanzaban, á las necesidades y gastos de las guerras, ó iban á acrecer la riqueza de otras naciones más laboriosas, y de todos modos venía á ser la España un puente por donde pasaban los tesoros del Nuevo Mundo á los países á quienes el Nuevo Mundo no pertenecía.»

Precisamente estas mismas palabras pueden aplicarse á todos los reinados de la casa de Austria.

La insensata política que se hizo en todos los países descubiertos ó conquistados fué al propio tiempo causa de una notable decadencia.

Carlos V, sacrificándolo todo á su ambición, empobrecía los territorios que adquiría, y en vez de procurar granjearse el cariño de sus administrados, les oprimía con nuevos y onerosos tributos, arrebatando todos los brazos útiles para llevarlos á perecer en nuevas guerras, en combates de aventuras que sólo satisfacían su capricho del momento, puesto que al fin debía convencerse de que la monarquía que soñaba era una ilusión.

España veía todos los cargos públicos entregados á una turba de ávidos y hambrientos extranjeros que en pos de Carlos habían venido, y con ello se engendraba un odio que más tarde debía traducirse en hechos, cuando á su vez los españoles habían de ocupar los Países-Bajos.

Alemania é Italia fueron las tumbas de los mejores tercios españoles sacrificados á una unidad política y religiosa imposible, que al fin se había de romper por tratados de tolerancia, cuyo principal efecto era desautorizar la autoridad real, y al monarca que se había visto obligado á expedirlos.

Felipe II daba el segundo golpe á la obra de destrucción empezada por su padre, haciendo víctimas de su fanatismo y de su ciega intolerancia á todos los países que gobernó. Portugal, Flándes, América, Italia, empobrecidas y despobladas, reducidos sus pueblos á montones de ruinas entre lagos de sangre, recuerdan todavía aquellos terribles *Tribunales de la sangre*, donde sólo se sabían pronunciar sentencias de muerte.

Y no creemos necesario hablar de los tres reyes siguientes cuya indolencia é ineptitud hizo que, más bien que ellos, gobernarán sus favoritos, dando lugar á la emancipación de los florones más preciados de la corona de España.

Los nombres de D. Rodrigo Calderón, marqués de Sieteiglesias; de D. Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares; de Valenzuela y de Everardo de Nithard, validos de Felipe III, Felipe IV y D.<sup>a</sup> Mariana de Austria, serán siempre pronunciados con disgusto por todos los españoles amantes del prestigio de su patria, pues no dejarán de recordar que, mientras ellos hacían gastar á los monarcas que les ensalzaban, el tiempo en liviandades, desprendíase del edificio de la monarquía en España la mayor parte de los países adquiridos á tanta costa.

La falta de prudencia y de tacto para permitir aquellas emigraciones que, unidas á las guerras que estábamos sosteniendo, nos despoblaban la nación, y la desdichada inversión de los fondos que de allí procedían, así como los males que resultaban de la poca conducta tanto de los gobernadores como de los demas peninsulares que ganosos de fortuna iban á buscarla al Nuevo Mundo, pertenecen á todos los reinados de aquella casa, y todos contribuyeron con su pequeño óbolo al sostenimiento más del terror que del cariño, terror que, engendrando más tarde el odio, dió por resultado la separación de aquellos estados de la metrópoli.



J. SERRA, III.

L. VIDAL, OLMO, 27.

ENRIQUE VIII DE INGLATERRA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.